

tra el emperador. Si no, habría sido quemado como Huss — y la aurora de las luces habría amanecido antes, y con un resplandor que no nos podemos figurar.

238. *Justicia al Dios del porvenir.*— Cuando toda la historia de la civilización es un tejido de bienes y males y una nave en que todos se marean, compréndese bien que allá á lo lejos aparezca un Dios como un faro.— La divinización del porvenir es una perspectiva metafísica, en que hallan su consuelo muchos eruditos historiófilos. Sólo quien como Schopenhauer niega la evolución, puede negar el Dios del porvenir y burlarse de él con justicia.

239. *A cada estación, sus frutos.*— Un porvenir mejor, tiene mucho de peor. Es ilusión creer que un grado de evolución contiene toda la bondad de los grados anteriores. Cada estación tiene sus frutos, sus ventajas. Lo que creció á la sombra de la religión, no volverá ya; algún que otro retoño, pero nada más; para atestiguar la pérdida, mas no para mostrar fuerza.

240. *Gravedad creciente del mundo.*— Cuanto mayor es la cultura de un hombre, tanto menor es su inclinación á la burla y á la sátira. Voltaire daba gracias á Dios en el fondo de su corazón por la invención de la Iglesia y del matrimonio. Pero él y su siglo, y aun antes el siglo XVI, agotaron la materia: los donaires de hoy son muy baratos. Nuestra edad busca las causas: en los mismos contrastes busca el por qué, y así, no deja lugar al ridículo. Cuanto más profundamente comprende un hombre la vida, tanto menos se burla, como no sea de su comprensión misma.

241. *El genio de la civilización.*— ¿Cómo sería el genio de la civilización? Empleará como instrumentos la mentira, la violencia, el egoísmo; pero sus fines son

grandes y buenos. Será un Centauro, semibestia, semihombre, y con alas de ángel en la cabeza.

242. *Educación milagrosa.*— Así como el arte de curar no floreció hasta que cesó la fe en las curaciones milagrosas, así el interés de la educación no adquiere fuerza sino cuando se abandona la fe en Dios y en su providencia. Hoy todo el mundo cree en la educación milagrosa: del mayor desorden y oscuridad han salido hombres grandes, potentes; ¿cómo no ha de ser esto milagro? Se estudiarán de cerca estos casos, y se verá que no son milagros. Miles de individuos perecen en la lucha, y se salvará el más fuerte: aquí no hay milagro. Una educación no milagrera tendrá en cuenta estas tres cosas: 1.^a, cuánta energía se heredó; 2.^a, cómo podría obtenerse nueva energía; 3.^a, cómo el individuo podrá amoldarse á las múltiples exigencias de la vida social, cómo puede acompañar su nota dentro de la melodía.

243. *El porvenir del médico.*— La profesión que da más lugar al progreso, es hoy la de médico. Sobre todo desde que perdieron su influencia los médicos de almas. La cultura de un médico no consiste sólo en el diagnóstico: necesita elocuencia persuasiva, arrogancia que quite la timidez del enfermo, habilidad diplomática, ingenio de agente de policía; en una palabra, de todas las cualidades de las demás profesiones. El es el verdadero bienhechor de la sociedad; puede, por su intervención en los matrimonios, formar una aristocracia de cuerpo y espíritu; y, finalmente, puede destruir los remordimientos de conciencia. Es un salvador; pero no necesita ser crucificado.

244. *En las fronteras de la locura.*— La suma de civilización es una carga tan pesada, que en los países europeos reina una neurosis y en cada familia hay un

individuo próximo á la locura. Por muchos medios se busca hoy la salud; pero el principal sería disminuir esta neurosis, esta sobreexcitación de los sentimientos producida por el cristianismo y por su séquito de poetas, músicos, místicos, etc. Hace falta un *renacimiento*. El espíritu frío de la ciencia podrá refrescar el torrente inflamado de la fe.

245. *Vaciado de la civilización*.—La civilización nació como una campana en el molde de materia más grosero: de la falsedad, de la violencia, del egoísmo, del patriotismo. ¿No es tiempo de suprimirlo ya? El líquido se ha fijado; las buenas ideas han encarnado: no hay, pues, necesidad de símbolos erróneos y crueles. Los gobiernos de la tierra deben mirar atentamente el porvenir.

246. *Los cíclopes de la civilización*.—Allí donde causa sus estragos un glaciador, no es fácil ver un prado florido. Y sin embargo, así es muchas veces. Lo mismo sucede en la historia de la humanidad: las fuerzas más salvajes abren el camino, por la destrucción, á las costumbres más dulces. La energía terrible del mal es el arquitecto de la humanidad.

247. *Marcha circular de la humanidad*.—Quizá la humanidad no sea más que una breve fase de la evolución de una especie de animales; de manera que el hombre, habiendo sido mono, vuelva á ser mono. Así como la civilización romana volvió á la barbarie, así toda la civilización humana podría volver al embrutecimiento. Si podemos preverlo, procuremos evitarlo.

248. *El consuelo de un progreso desesperado*.—Nuestra época es interina: las viejas civilizaciones todavía existen, y á las nuevas aún no nos hemos adaptado. Los músculos del soldado se hallan inciertos entre la marcha militar y la ordinaria. Pero no por eso nos

cansamos y dejamos de marchar. Ya no podemos volver á lo antiguo: hemos quemado los buques. Algún día nuestra *marcha* será un *progreso*. Si no, se nos podrá decir, como consuelo, aquello de Federico el Grande: ¡Ah!, mi querido Sulzer; no conoce usted esta raza maldita á la cual pertenecemos.

249. *Sufrimiento por el pasado de la civilización*.—El que se ha formado una idea clara del problema de la civilización, sufre como quien ha heredado una fortuna ilegítima ó como el que reina por la tiranía de sus antepasados. Le come el remordimiento y la vergüenza. Su cansancio equilibra su felicidad. El porvenir le parece melancólico; prevé que sus descendientes sufrirán como él.

250. *Los buenos modales*.—Los buenos modales desaparecen con la influencia cortesana y aristocrática; de siglo en siglo se van haciendo vulgares. Ya nadie obsequia ó adula de una manera elegante; y de ahí que cuando el obsequio es oportuno, por ejemplo, á un gran hombre de Estado ó á un gran artista, se toma prestado el lenguaje del sentimiento y de la fidelidad respetuosa, sin espíritu y sin gracia. Así, los saludos públicos y solemnes parecen más sinceros sin ser verdad. Pero ¿decaerán sin remedio los modales? A mí me parece que describen una curva y que hoy estamos cerca de su punto más bajo. Cuando la sociedad esté segura de sus principios, hallará un conjunto de modales para expresarlos. La mejor división del trabajo, el ejercicio gimnástico, la reflexión estricta, darían al cuerpo habilidad y ligereza. A este propósito pienso con ironía en nuestros sabios que pretenden ser los precursores de la civilización nueva, y sin embargo, no se distinguen precisamente por sus buenos modales. Su espíritu está pronto, sin duda, pero su carne es

débil. Pesa mucho en sus músculos el pasado de la civilización. Son medio eclesiásticos, medio pedagogos; están momificados. Son cortesanos de la civilización vieja. En ellos abundan los fantasmas del pasado y los del porvenir. ¿Qué tiene, pues, de extraño que no hagan buenos gestos?

251. *El porvenir de la ciencia.*—La ciencia da mucha satisfacción á quien la trabaja, pero muy pocas ventajas á quien la aprende. Mas como todas sus verdades se hacen pronto vulgares, aun esta satisfacción se pierde; ya hemos olvidado el placer del admirable *dos y dos son cuatro*. Si, pues, la ciencia produce cada vez menos placer, dejando todo consuelo para la metafísica, para la religión y para el arte, siguese que se va secando esta fuente de placer á la cual debemos toda nuestra humanidad. Por eso una cultura superior debe dar al hombre dos compartimientos cerebrales: en el uno estará la fuerza, y en el otro su regulador; en el otro las ilusiones, los prejuicios, las pasiones, y en el otro la fría serenidad de la ciencia. Si no se satisface á esta exigencia de la cultura superior, puede predecirse con certeza el curso ulterior de la evolución humana: el interés por la verdad disminuirá con el placer; la ilusión, el error, la fantasía, recobrarán su dominio; decaerán las ciencias, volverá la barbarie; la humanidad recomenzará su tela, destruida durante la noche, como la de Penélope. Pero ¿quién nos garantizará para entonces fuerza?

252. *El placer del conocimiento.*—¿Cuál es la causa de que el conocimiento, este elemento del filósofo y del sabio, produzca placer? Es porque da conciencia de la fuerza, como los ejercicios gimnásticos. Además, porque en esta lucha con la verdad aparece el hombre vencedor. Finalmente, porque sentimos estar solos y

los primeros en la verdad descubierta. Hay otros motivos secundarios, cuya lista puse en mi obra paragnética acerca de Schopenhauer (1), á satisfacción de los experimentados, quienes verán allí quizá un poco de ironía. Porque si es verdad que «á la formación del sabio concurren muchos instintos demasiado humanos», esto mismo debe decirse del artista, del filósofo, del genio moral. *Todo* lo que es humano merece, en su origen, esta consideración irónica. Por eso la ironía es en el mundo tan *superflua*.

253. *La fidelidad, prueba de solidez.*—Es un indicio de la bondad de una teoría la confianza del autor en ella, por más de cuarenta años; mas creo que ningún filósofo ha dejado de mirar en su vejez con desprecio ó con desconfianza las teorías de su juventud. Quizá por ambición no diga nada; quizá por el tierno deseo de no perder sus adeptos.

254. *Crecimiento de lo interesante.*—Cada día encuentra el hombre más interés en las cosas; encuentra con mayor facilidad el lado instructivo, el objeto que llena una laguna de su pensamiento. Así va desapareciendo el hastío. El hombre circula entre sus semejantes observándose á sí mismo como á un animal curioso.

255. *Superstición de la simultaneidad.*—Lo que es simultáneo tiene un lazo común; así piensa la gente. Un pariente muere lejos al mismo tiempo que soñamos con él. Pero también otros muchísimos mueren sin que soñemos. Es como los naufragos que hacen votos: ¿vemos en los templos los ex votos de los que se ahogaron? Un hombre muere, una mujer chilla, un reloj se para; ¿no es esto un halagador indicio de la intimidad del hom-

(1) Tercera parte de las *Consideraciones inactuales*; Schopenhauer, educador.

bre con la naturaleza? Esta superstición se halla refinada en los historiadores y sociólogos, en quienes la yuxtaposición de hechos sociales causa una especie de *idiofobia*.

256. *La ciencia como ejercicio de poder, no de saber.*—La ventaja de pasar muchos años en practicar una *ciencia exacta* no consiste en la suma de verdades adquiridas, siempre insignificante, sino en el aumento de energía, de razonamiento, de *apropiación de los medios al fin*. Para esto servirá algún día el haber sido sabio.

257. *Atractivo de la juventud en la ciencia.*—Hoy amamos la ciencia porque es joven; aborrecemos el error porque es viejo. ¿Qué sucederá cuando la verdad envejezca? Obsérvese que el momento culminante de una ciencia es cuando se acaba de hallar su concepción fundamental: después, todo es en ella un otoño melancólico (como acontece en algunas disciplinas de la historia).

258. *La estatua de la humanidad.*—El genio de la civilización obra como Cellini cuando hacía la estatua de Perseo: la masa líquida amenazaba no adherirse, y él echó platos y fuentes y todo lo que hallaba á mano. Así aquel genio echa en la fundición errores, vicios, esperanzas, ilusiones, para que la estatua de la humanidad se perfeccione y tome forma: ¿qué importa la materia?

259. *Una civilización de hombres.*—Tal es la griega clásica. Tocante á las mujeres, lo dijo todo Pericles en dos palabras: «lo mejor para ellas es que no se hable de ellas entre los hombres». Las relaciones eróticas de los hombres con los adolescentes fué la condición necesaria, única, de toda educación viril (como entre nosotros se funda la educación de la mujer en el amor y en el matrimonio). En los adolescentes se fijó todo

el idealismo de la fuerza griega; y jamás fueron tratados con mayor cariño, según aquella máxima de Hoelderlin: «Amando produce el mortal su mayor bien.» Cuanto más se elevaba el concepto de estas relaciones, tanto más se rebajaba el comercio con la mujer, el cual se reducía al placer y á la procreación; no había con ellas comercio intelectual ni amor verdadero. Hasta eran excluidas de los juegos; como medio de educación, quedábales sólo la religión. Si en la tragedia se representaba *Electra* y *Antígona*, era por una tolerancia artística; así como hoy lo patético nos parece insoportable en la vida, aunque nos agrada en el teatro. La misión de la mujer griega era criar niños robustos, para contrarrestar la excitación nerviosa de una civilización floreciente. Esto es lo que mantuvo en larga juventud la cultura griega: en las madres griegas, el genio de la Grecia volvía á la naturaleza.

260. *El prejuicio en favor de la grandeza.*—Los hombres encuentran útil que alguien invierta todas sus fuerzas en el ejercicio y desarrollo de un órgano monstruoso, absorbente, que conduce casi á la locura, como en los grandes genios y artistas. Seguramente, lo más conveniente al individuo es el desarrollo proporcional y armónico de sus facultades: el genio es un vampiro. La medianía es necesaria para formar la corte del genio.

261. *Los tiranos del espíritu.*—Sólo por el rayo de lo mítico tiene brillo la vida de los griegos: todo lo demás es oscuro. Pero los filósofos se privan justamente de ese mito: ¿y no es esto como si quisieran retirarse del sol para ponerse á la sombra en la oscuridad? No hay planta que se aparte de la luz. Lo que en el fondo pasa es que esos filósofos buscan un sol más *claro*, el mito no es á sus ojos bastante puro, bastante brillante, y en-

cuentran esa luz en su conocimiento, en lo que llamaban su «Verdad». Pero entonces el conocimiento tenía todavía un esplendor mayor, era joven y creía poder ponerse de un salto en el centro del sér y resolver desde allí el enigma del mundo. Tenían robusta fe en sí mismos y en su verdad, y la empleaban para derribarlo todo: cada uno de ellos se convertía en tirano batallador y violento. Quizá la fe en la posesión de la verdad no haya sido nunca mayor en el mundo, pero tampoco lo ha sido el orgullo, la dureza y el carácter tiránico de semejante fe.

Eran tiranos, porque todos los griegos querían serlo. Quizá se exceptúe Solón, á juzgar por sus poesías. Pero lo hacía por amor de sus propias leyes; dar leyes es la forma más refinada de la tiranía. Parménides dió leyes; también Pitágoras y Empédocles; Anaximandro fundó una villa. Platón fué el deseo encarnado de ser un gran filósofo, un legislador del Estado filosófico: parece que sufrió mucho por no conseguirlo, y los últimos años de su vida estuvieron amargados por la bilis negra. Cuanto más poder perdió la filosofía griega, más atrabiliaria se hizo: cuando los filósofos invadieron las calles, pasearon su envidia y su rabia, mostraron la tiranía de sus almas. Se habrían comido crudos los unos á los otros: sólo les quedaba de bueno la complacencia en sí mismos. — Finalmente, no se desmintió en ellos el axioma de que todos los tiranos dejan corta posteridad.

Su historia es corta, violenta, su influencia se interrumpe bruscamente. Casi de todos los grandes helenos puede decirse que parecen haber venido demasiado tarde; tanto de Esquilo como de Píndaro, de Demóstenes, de Tucídides, como de la generación que les siguió, y así de todos los demás. Es lo que existe de

tempestuoso y extraño en la historia griega. Hoy, es verdad, la admiración se dirige al Evangelio de la tortuga.

Pensar como historiador casi no significa otra cosa que imaginarse que en todos los tiempos la historia hubiera tenido como consigna: «hacer lo menos posible en el mayor tiempo posible.» ¡Ah! la historia griega corre tan rápida! Nunca hubo vida tan pródiga, tan excesiva. No puedo convencerme de que la historia de los griegos haya tomado ese curso *natural* que tanto se celebra en ella. Estaban provistos de dones demasiado múltiples para ir *progresivamente*, paso á paso, á la manera de la tortuga que luchara en la carrera con Aquiles, y es esto lo que se llama desenvolvimiento natural. Entre los griegos se avanza aprisa, pero se retrocede también aprisa; la marcha de toda la máquina es tan intensa que una sola piedra arrojada bajo sus ruedas la hace saltar. Una de estas piedras fué, por ejemplo, Sócrates: en una sola noche la evolución de la ciencia filosófica, hasta entonces tan maravillosamente regular, pero también demasiado prematura, quedó destruida. No es cuestión ociosa preguntar si Platón, quedando libre del encanto socrático, no hubiera encontrado un tipo más elevado todavía del hombre filósofo, perdido para nosotros para siempre. Se quiere ver en los tiempos anteriores á él, como en un taller de escultor, muestras de semejantes tipos; pero los siglos quinto y sexto prometieron más que produjeron. Y sin embargo, apenas hay pérdida más sensible que la de un tipo, la de una *forma nueva de la vida filosófica*. Aun la mayor parte de los tipos antiguos están desfigurados por la tradición; es difícil distinguir entre los filósofos anteriores; Aristóteles mismo parece no tener ojos para esto. Como si tales filósofos hubiesen

vivido en vano; como si no hubieran hecho más que preparar los batallones parlanchines de las escuelas socráticas. Hubo una ruptura en la serie de la evolución: alguna catástrofe hubo de acontecer; el único tipo que prometía, se rompió en mil pedazos: en el taller quedó sepultado el secreto de esta desgracia. Lo que entonces aconteció entre los griegos—que todo gran pensador, creyéndose en posesión de la verdad absoluta, vino á ser un tirano—esto mismo acontece en épocas recientes, aunque no con la candidez de conciencia de los filósofos griegos. En nuestra época tiene más fuerza la doctrina contraria, el escepticismo: pasó la edad de los tiranos intelectuales. En las esferas de la cultura superior siempre hay alguna dominación; pero de hoy más, este dominio está en manos de la *oligarquía del espíritu*. Forma entre todas las naciones una sociedad coherente, cuyos miembros *se conocen y se reconocen*, á pesar de la opinión pública y de los críticos. La superioridad intelectual, que en otro tiempo dividía, hoy une: ¿cómo podría un hombre nadar contra la corriente si no viese aquí y allá quien le dé la mano contra el carácter ojlocrático de la semicultura? Los oligarcas se necesitan mutuamente y se comprenden, por más que cada uno sea libre y en su terreno quiera ser el primero.

262. *Homero*.—El más grande acontecimiento de la civilización griega, será siempre el panhelenismo de Homero. Toda la libertad intelectual y humana á que llegaron los griegos provino de tal hecho; pero fué esto al mismo tiempo la fatalidad propia de la civilización griega, pues Homero humillaba centralizando y disolvía los más serios instintos de independencia. De tiempo en tiempo se elevó del fondo más íntimo del helenismo una protesta contra Homero; pero quedó siem-

pre vencedor. Todas las grandes potencias espirituales ejercen al lado de su acción libertadora otra acción deprimente; pero á la verdad, en la ciencia, es muy diferente que sea Homero ó la Biblia quien tiraniza á los hombres.

263. *Dones naturales*.—En una humanidad tan superiormente desarrollada como la actual, cada uno recibe de la naturaleza el acceso á muchos talentos; cada cual tiene un *talento innato*: pero á muy pequeño número solamente es dado por naturaleza y por educación el grado de constancia, de paciencia, de energía necesaria para que llegue á hacerse verdaderamente un talento, que así haga lo que es, es decir: el gasto en obras y en actos.

264. *El ingenioso menospreciado*.—Los hombres no científicos pero listos, aprecian todo indicio de ingenio sea en el camino de la verdad ó en el de la mentira: quieren que se les distraiga, que se les estimule, que se les inflame, como un amuleto contra el fastidio. Por el contrario, los hombres de ciencia estiman más el freno de la reflexión que el flujo de ideas, quieren más realidad que apariencia: no distinguen, como Aristóteles, entre el «fastidioso» y el «ingenioso». De ahí la antipatía entre los de la ciencia y los del ingenio, entre los sabios y los artistas.

265. *La razón en la escuela*.—El oficio de la escuela es enseñar el pensamiento severo, el juicio prudente, el raciocinio; debe abstraer de todo lo demás, incluso de la religión. La humanidad llegará á librarse del pensamiento estrecho. Pero mientras esto llega, la escuela debe producir aquello que es hoy esencial en el hombre: «la razón y la ciencia, la más elevada de todas las fuerzas humanas»—á lo menos en opinión de Goethe.—El gran naturalista von Baer sostiene que la